

El coleccionista

- Señor, ¿qué busca en estos campos?
- Busco amores.
- ¿Amores?
- Sí, amigo. Amores.
- ¿Y no los encontraría mejor en las personas?
- Sí, claro. En las personas he hallado grandes amores. ¡Pero cuesta tanto recuperar algunos!
- ¿De qué tiene que recuperar los amores?
- Verá. Los amores, como las monedas, hay que limpiarlos y bruñirlos para devolverles su gracia y valía. Hay que limpiarlos de ira, soberbia, abuso, engaño, deslealtad, perfidia, egoísmo, ... El más limpio y noble, el amor de madre.
- Comprendo. Los amores se contaminan. ¿Qué amores espera encontrar en el campo?
- Joyas, amigo. El amor del sol, que nos envuelve en luz y calor. El amor de la noche, que ofrece su manto turquesa para volar por espacios siderales. El amor del álamo, que bate palmas al rumor del viento. El amor de la flor, que reparte belleza y fragancia. El amor de la fuente, que canta por cantar y sacia la sed. El amor de la espiga, que vuela al verso del poeta y lleva pan a la mesa. El amor de la vid, que alegra el corazón y se ofrece a Dios. El amor ...
- ¿Y qué hace con los amores?
- Olvidaba decírselo. Colecciono amores. Soy feliz poniendo a punto su maquinaria, contemplando su belleza, poder e inercia. Tienen impulso propio. Unidos son el motor del universo. Incluso el silencio habla en ellos.
- No sospechaba yo el mundo de los amores. Me gustaría buscar amores con Vd, pero ...
- Ah, sí. Sólo se perciben con una lente específica.
- ¿Cómo se logra esa lente?
- Amigo, abra su corazón y pídale al cielo.

Murcia, 2011

César Herrero Hernansanz